

“REPARAR LA NACIÓN” DISCURSOS HISTÓRICOS Y RESPONSABILIDADES NACIONALISTAS EN PARAGUAY

Liliana M. Brezzo

*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas — CONICET/IDEHESI
Pontificia Universidad Católica Argentina — (PUCA)*

INTRODUCCIÓN

¿Qué había sido, qué era y qué debía ser el Paraguay? ¿Cómo y cuándo se construyó? ¿Fue el *aislamiento*, entendido en sus diversos sentidos geográfico, homogeneidad étnica, unidad lingüística, precariedad de las relaciones con la capital virreinal— suficiente para explicar el proceso de la independencia y la emergencia nacional? Las visiones del pasado y las empresas de erudición histórica¹ producidas en Paraguay a comienzos del siglo xx se concentraron en ensayar respuestas a esos y a otros interrogantes cruciales urgidos por una sociedad atravesada por las tre-

¹ Nos referimos a una serie de iniciativas editoriales —revistas, anuarios, álbumes— y otros instrumentos de difusión de la historia como concursos y asociaciones que constituyeron iniciativas de erudición histórica, casi ninguna con pretensiones científicas pero de importancia para analizar diversas formas de construir el discurso histórico.

mendas secuelas de la guerra contra la Triple Alianza (1864-1870) y cuya reconstrucción aparecía aún lenta y trabajosa.

Las siguientes páginas pretenden resumir los resultados de un análisis de las relaciones entre ese contexto y los discursos históricos producidos en torno al Centenario de la revolución de la independencia paraguaya. Las fechas tomadas como límites se han elegido sobre la base de dos acontecimientos que, a mi juicio, son capitales para estudiar ese momento: como término de partida la edición, en 1897, del texto de Blas Garay, *La independencia del Paraguay*, obra a cuya aparición corresponde el primer impulso por construir una lectura explicativa del proceso de la independencia; como término final la difusión, en 1912, del *Álbum Gráfico de la República del Paraguay: 100 años de vida independiente 1811-1911*, uno de los principales soportes celebratorios y la más tangible expresión de la actividad intelectual de los estudiosos llamados *novecentistas*.

Asimismo, con base en las pruebas disponibles, se exponen las conclusiones de un rastreo sobre las condiciones y las razones que han intervenido para que los discursos históricos construidos en la época del Centenario se mantuvieran —y acaso profundizado— hasta el presente, produciéndose, en el caso de Paraguay, un asincronismo historiográfico respecto a la mayoría de los países latinoamericanos.

UNA “ISLA RODEADA DE TIERRA” Y UNA GUERRA

Quizás convenga hacer referencia, al comienzo de este estudio, a las circunstancias que, según creo, constituyen el marco natural de exploración inicial para tal tipo de cuestiones. Si bien recientes investigaciones han permitido rela-

tivizar su determinante predominio, se está de acuerdo en que su trayectoria ha dependido de su poliédrica realidad “aislacionista”.² En efecto, la situación geográfica de un país en la periferia extrema de la frontera interior sudamericana, una “isla rodeada de tierra”, hace presuponer una amplia separación del resto del mundo occidental; a tal extremo ha llegado esta visión que se ha sostenido que el Paraguay irrumpió en la historia a partir de un fracaso. En efecto, las expediciones organizadas para llegar al oro de Perú, encabezadas por Domingo Martínez de Irala a comienzos del siglo xvi se vieron frustradas porque al llegar allí ya lo había hecho Francisco Pizarro. Fracasada la política minera, un grupo de esos españoles se asentó a orillas del río Paraguay y fundó, en 1537, la ciudad de Asunción que pasó a constituirse en una especie de jardín de aclimatación desde el cual durante todo el resto del siglo se preparó la ocupación definitiva y estable de Buenos Aires, luego de que en 1556 se abandonara el fuerte por la belicosidad de los charrúas. En 1541 Domingo Martínez de Irala creó el Cabildo de Asunción, transformándose el fuerte en ciudad. A finales del siglo xvi Paraguay se había convertido en la “provincia gigante”, que abarcaba desde el Atlántico hasta el Chaco y que incluía las ciudades de Asunción, Santa Fe, Buenos Aires y Corrientes, Villa Rica, Ciudad Real y Santiago de Xerez. Pero las minas con que tanto soñaron los españoles a fin de enriquecerse rápidamente no aparecían en el Paraguay por ningún sitio. La solución agrícola que se abría ante sus ojos, la lejanía de una patria que iba quedando en

² Algunos aspectos en torno a esta cuestión la hemos desarrollado en BREZZO, *Aislamiento*, pp. 8-16.

la bruma día a día y la conciencia de una tierra que había que trabajar duramente para poder sobrevivir contemplaban, al comenzar el siglo xvii, el nacimiento de unos hijos que se sentían mucho más ligados a esa tierra surcada de caudalosos ríos que a la tan alabada España de sus abuelos. En 1618 se consumó la división de la Provincia y los vínculos entre las ciudades de Asunción y de Buenos Aires se modificaron definitivamente. La región de Paraguay quedó geográficamente arrinconada y difícil para el contralor de la lejana corona, el virrey del Perú y la Audiencia de Charcas, instituciones estas últimas a las cuales estuvo subordinada hasta la creación del virreinato del Río de la Plata. En adelante, esa provincia nunca pudo presentarse como una región rica o atrayente y ya no sólo por la ausencia de riquezas mineras sino por su marginación de la principal ruta comercial (Buenos Aires-Lima) y el estrangulamiento de su salida al Atlántico, hechos que configuraron una situación de aislamiento y estancamiento frente a la que no pudo reaccionar. Sin embargo, o por todo eso precisamente, el rápido mestizaje —favorecido porque no hubo ningún contingente migratorio hacia Paraguay desde la segunda mitad del siglo xvi— dio lugar a una rápida suplantación del grupo conquistador blanco por el grupo mestizo y criollo, lo que otorgaría a la provincia una fisonomía particular. En el año 1650, el gobernador Garabito de León resumía en un informe: “el Paraguay es una provincia con personalidad, una sociedad criollo-mestiza completamente asentada y no hay más remedio que aceptarla”.³ A la geografía y al núcleo étni-

³ Así argumenta en su riguroso abordaje empírico MORA MÉRIDA, *Historia social del Paraguay*, pp. 70-327.

co homogéneo se añadió un tercer elemento que refuerza la realidad aislacionista: la fulminante y persistente victoria del guaraní. Desde mediados del siglo xvi no fue el castellano sino la lengua aborígen la que se hablaba en la intimidad del hogar y en todas las contingencias de la vida de relación, relegando el idioma europeo a la esfera oficial, como medio de contacto con autoridades y forasteros y de comunicación con la metrópoli; por lo tanto, el bilingüismo no sería patrimonio del pueblo entero sino de las clases superiores. Para todos los casos, el guaraní era el idioma en el que los paraguayos expresaban más auténticamente sus sentimientos, ideas, dolores y alegrías, esperanzas aunque algunos gobernadores pretendieron proscribir su uso. A finales del siglo xviii, Lázaro de Ribera, por ejemplo, consideraba una “fatal desgracia” que la lengua del pueblo conquistado fuera la que “domine y dé la ley al conquistador” y propuso un plan de reeducación del pueblo para arrebatárle la “coraza que mantiene a los nativos intratables y separados de nosotros”. Lo infructuoso de sus esfuerzos mostró que los intentos por hispanizar a la provincia en tal sentido parecían haber fracasado definitivamente.⁴

Por todo esto, al comenzar el siglo xix, el aislamiento paraguayo era una realidad que se veía acentuada, a su vez, por la falta de relaciones con el resto del espacio que comprendía el virreinato del Río de la Plata y que se expre-

⁴ El escritor paraguayo Óscar Creydt, en su trabajo precursor, *Formación histórica de la nación paraguaya*, pp. 35-83, ha sostenido la fuerza del idioma guaraní en la formación nacional paraguaya y apunta como causa principal de este predominio a la circunstancia de que los hijos mestizos aprendieron el idioma materno junto con el trabajo que en las chacras hacían sus madres.

saba en varios sentidos: en la debilidad de la relación con la capital virreinal, Buenos Aires, en las dificultades por hacer del sistema de los ríos Paraná-Paraguay una vía de comunicaciones fecundas y en la desarticulación de su propio espacio interior, materializada en tres frentes diferentes que eran la frontera indígena del Chaco, la frontera político social con Brasil y el resultado histórico de la región de Misiones como frontera social y económica.

Todas estas circunstancias contribuyeron no sólo a hacer difíciles las prácticas normales del comercio sino además, inevitablemente, dificultaron el paso de ideas y de bienes. Tras la revolución de la independencia, en 1811, se produjo el ascenso al poder de aquel “singular individuo”, el doctor José Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840) quien colocó un “cordón político” en torno al país para protegerlo del “caos del sur” y contribuir aún más a la separación del Paraguay del resto de la región rioplatense.⁵

En razón de este aislamiento —natural y autoimpuesto— el Paraguay era prácticamente un país desconocido entre buena parte de las sociedades vecinas e incitaba la curiosidad de viajeros europeos y de los demás habitantes rioplatenses. Debido al enclaustramiento que en las relaciones exteriores le impusiera José Gaspar Rodríguez de Francia a los diversos campos de la actividad —diplomacia inexistente, desdeñable inversión extranjera, intercambio restringido a ciertas áreas por parte del gobierno— a la escasa literatura que circulara sobre el país y a los pocos habitantes paraguayos que salían de su territorio, el Paraguay suscitaba

⁵ Véase WIGHAM, “José Falcón y la construcción del estado nacional paraguayo”, pp. 9-33.

entre los intelectuales y extranjeros del siglo XIX una figura alegórica que recuerda lo que hoy se conoce como “formaciones asiáticas”, dominadas por el despotismo oriental. El aislamiento del mundo exterior, el control de una parte de su producción y explotación de recursos económicos por una parte, y del comercio exterior por otra, ejercida por el Estado; la existencia de un poder centralizado, autoritario y vitalicio en la práctica; la veneración cuasi religiosa de este supremo gobierno por una población masivamente campesina, proporcionaban elementos a estas sumarias definiciones que hacían de Paraguay la “China”, el “Japón de América”; su sociedad era vista, asimismo, como sinónimo de barbarie, entendida como algo inferior, cultural o mentalmente, y equivalente a atraso.

Cuando en 1844 Carlos Antonio López asumió la presidencia, tras la dictadura francista, se encontró, además de las condiciones sociales y económicas mencionadas, con la ausencia total de élites políticas e intelectuales. Comprendió, a su vez, que la formación de personal especializado en los distintos órdenes técnicos y culturales no podía realizarse en forma alguna dentro de un país que no contaba con universidad ni con espacios académicos similares. Se planteaba, ante esa situación, la alternativa: o importar la totalidad del elemento humano técnico y docente necesario, o buscar la manera en que elementos paraguayos pudieran adquirir los conocimientos precisos para un desempeño eficaz. La solución elegida fue ecléctica: por una parte, el gobierno paraguayo contrató aproximadamente 100 técnicos —la mayoría ingleses— para organizar aspectos importantes de la estructura industrial como el desarrollo de la fundición de hierro de Ybycuí, el arsenal y el astillero en

Asunción y la construcción del ferrocarril. También favoreció el traslado de europeos dedicados a la enseñanza: en 1853 llegó a Paraguay el profesor francés de matemática Pierre Dupuy quien abrió una escuela privada, Dorotea Duprat, por su parte, instaló el Colegio de Niñas y Luisa Balet fundó el Colegio Francés de Señoritas. En 1855, el español Ildefonso Bermejo fundó la Academia Literaria, la primera escuela normal en el país y el año siguiente abrió el Aula de Filosofía, para alumnos avanzados. Al propio tiempo, en 1844 el Congreso Nacional resolvió autorizar al presidente López a que enviara estudiantes jóvenes para proseguir sus estudios en Europa a costa del Estado, propósito que recién se concretó a partir de 1858 cuando viajó el primer grupo formado por 16 jóvenes seleccionados de diferentes colegios que debían estudiar en Inglaterra y en Francia, Derecho, Química y Farmacia; también en 1863 el nuevo presidente —primogénito del anterior— Francisco Solano López, envió a otros 39 jóvenes con igual propósito. Mas estos impulsos se vieron dramáticamente interrumpidos con el inicio, en 1864, de la guerra contra la Triple Alianza (Argentina, Uruguay, Brasil) —también llamada guerra del Paraguay—, que supuso, como todas las guerras, una ruptura intelectual; significó, sin duda, una interrupción traumática y aunque no existe concordancia en lo que hace a una completa evaluación de sus efectos se coincide en incluir al cataclismo bélico, junto al aislamiento, como el otro condicionante principal en la evolución del proceso cultural paraguayo por las tremendas consecuencias demográficas y el impacto psicológico que supuso la derrota. Reducida a 30% la población de 600 000 habitantes con que contaba el país al comenzar aquella, quedó conforma-

da en su mayoría por niños, ancianos y mujeres; destruidos o tomados como botín los archivos estatales y los particulares, sin que quedaran en pie bibliotecas públicas o privadas y desarticulado completamente el sistema educativo, la obra de reconstrucción fue lenta y trabajosa. En el campo historiográfico, el aislamiento y el tremendo trauma bélico supusieron que, durante la mayor parte del siglo XIX, si bien apareció una cantidad significativa de obras sobre la historia y la geografía del país,⁶ casi sin excepción se trató de relatos de viajeros, diplomáticos o escritores extranjeros, de hecho, los datos disponibles indican que desde el texto de Ruy Díaz de Guzmán⁷ hasta finales de aquella cen-

⁶ Persiste una serie de dudas en torno a la autoría y a la divulgación de dos obras que habrían sido producidas en Paraguay en la primera mitad del siglo XIX. La primera se refiere al valioso texto del escritor Mariano Antonio Molas (1787-1844), *Descripción histórica de la antigua provincia del Paraguay*, que habría escrito hacia el año 1840, durante su prolongado encarcelamiento por orden de Francia. Sin embargo, de las inseguridades en torno a las condiciones de producción y a su real autoría y luego de un indeterminado itinerario, el texto se publicó por primera vez en Buenos Aires, en el año 1868. Luego de ésta se han ofrecido sucesivas ediciones, la más reciente está fechada en Asunción, Ediciones Nizza, 1957. Similares interrogantes persisten en torno al verdadero autor de la obra *El Paraguay, lo que fue, lo que es, lo que será*, adjudicada a Juan Andrés Gelly (1790-1856), quien fuera además redactor del primer periódico que se editara en el país, *El Paraguayo Independiente*. En tanto algunos autores ratifican su autoría, otros sostienen que Gelly sólo se limitó a traducir al español el texto que en 1843 diera a conocer el naturalista sueco, residente en Paraguay, Eberhard Munck of Rosenschold, quien escribió sus impresiones en forma de cartas que fueron traducidas al portugués: *O Paraguay, seu passado, presente e futuro por um estrangeiro que residiu seis annos naquella paiz. Obra publicada sob os auspícios da legação do Paraguay na Corte do Brasil*, Río de Janeiro, 1848.

⁷ Ruy Díaz de Guzmán (1560-1612), nacido en Asunción, nieto de Domingo de Irala y de madre guaraní. En 1612 fechó su *Historia del*

turia, los paraguayos tuvieron una relación de su historia a través de la visión ofrecida por autores extranjeros.⁸

Descubrimiento, Conquista y Población del Río de la Plata. Para un itinerario bio-bibliográfico véase CARDOZO, *Historiografía paraguaya*, pp. 185-188.

⁸ Las doce obras principales divulgadas sobre Paraguay entre 1810 y 1870 fueron: las de John and Williams Parish, *Letters on Paraguay comprising an account of the Dictador Francia* (1938), la de los médicos suizos Juan Rengger y Marcelino Longchamps, *The Reign of Dr. Joseph Gaspar Roderick de Francia in Paraguay* (Londres, 1827). Dos años antes el poeta e historiador Robert Southey publicó *A Tale of Paraguay* (Londres, 1825). Durante el gobierno de Carlos Antonio López aparecieron obras que correspondieron a autores que cumplieron funciones oficiales representando a sus respectivos gobiernos: la del naturalista sueco Eberhard Munck of Rosenschold, *O Paraguay, seu passado, presente e futuro por un estrangeiro que residio seis annos naquella paiz. Obra publicada sob os auspicios da legação do Paraguay na Corte do Brasil* (Río de Janeiro, 1848); también se divulgaron las cartas que el capitán de fragata Augusto Leverger, en calidad de cónsul general y encargado de negocios del gobierno del Brasil dirigiera al presidente de Matto Grosso. Otro viaje de la época fue el que cumplió Joseph Graham, cónsul de Estados Unidos en la Confederación Argentina, después de la apertura de relaciones entre su país y el Paraguay, en 1846. Luego de 50 años, el inglés Charles B. Mansfield fue el primer científico que llegó al Paraguay, en 1852. Diez meses después publicó *Paraguay, Brazil and the Plate, Letters written in with a sketch of the author's life by the Rev. Charles Kingsley*. El capitán Thomas Page, que reconoció y exploró el territorio paraguayo hasta el río Apa, recogería su testimonio en *Le Paraguay et les Républiques de la Plata* (París, 1851). En la misma década, el estadounidense Edward Hopkins publicó en Nueva York, *Historico-Political Memorial upon the Region of the Río de la Plata and Coterminous Countries* (1858). A mediados del siglo XIX aparecieron también tres obras que merecen destacarse y agrupadas por su temática, presentación y objetivos: Alfredo Demersay, que había visitado el Paraguay en la época de Francia, comenzó a publicar su *Histoire physique, économique et politique du Paraguay* a partir de 1851, elaborada con los apuntes y notas que Bonpland proporcionó a Demersay.

A estos condicionantes, el contexto posbélico intervino para configurar una fisonomía peculiar a la práctica de la historia en Paraguay y al clima que rodeó las celebraciones del Centenario.

POBREZA Y “ANIVERSARIO MÓVIL”

En el periodo de entre siglos, con una población total de 600 000 habitantes, el proyecto de organización que se intentó implementar en Paraguay desde la finalización de la guerra, en 1870, daba muestras de estar agotado. Como es conocido, este plan había descansado en la interacción multiplicativa de factores exógenos de crecimiento: inmigración y capitales externos, tanto en forma de empréstitos como en forma de inversiones directas modernizantes de la estructura económica. La incorporación de brazos europeos habría de ayudar al repoblamiento del país y haría crecer en forma geométrica la producción agrícola de rubros exportables al mercado mundial. Al mismo tiempo, este flujo inmigratorio forzaría mayor rendimiento de la fuerza de trabajo nativa, cuya supuesta “inferioridad productiva” era un tema de constante recurrencia en los argumentos de los políticos nacionales y de los inversores extranjeros. Mas las bases esenciales de ese ambicioso proyecto de reconstrucción empezaron a quebrarse ya en la década del setenta. El espec-

Con igual propósito, el coronel belga Alfred Du Graty, quien visitara el país publicó *Le République du Paraguay* (1862) y pocos años después apareció la obra de Benjamín Poucel, *Le Paraguay moderne et l'intérêt général du comerce fondé sur les lois de la géographie et sur les enseignements de l'histoire, de la statistique et d'une saine économique politique avec une carte du Paraguay nouvellement publiée* (1867).

tacular negocio de las emisiones de bonos paraguayos en 1871-1872, renegociados con poco éxito en 1875, cerraría el acceso a los mercados de capitales por varias décadas y tuvieron escasos efectos visibles en las finanzas del Estado paraguayo. No menos estrepitosos fueron los primeros intentos de inmigración europea, con la colonia alemana de 1870 y las colonias británicas de 1873-1874. Su fracaso contribuyó además a esparcir una leyenda sobre la inadecuación de Paraguay como receptor de inmigrantes europeos que habría de seguir deteniendo a futuros colonos y potenciales pequeños inversores hasta bien entrado el siglo xx. La agricultura habría de languidecer durante décadas con un total de superficie cultivada bien por debajo del nivel alcanzado en la preguerra. Por ejemplo, en 1894 la superficie cultivada alcanzaba a 100 000 ha, lo que era un nivel bajísimo comparado con las 200 000 ha cultivadas en 1863.

Dentro del proyecto diseñado, el Estado habría podido pagar los préstamos extranjeros gracias a los ingresos fiscales a ser derivados del nuevo flujo productivo que inmigrantes e inversores extranjeros producirían. Pero la principal actividad económica recayó prontamente sobre las bases tradicionales de la economía paraguaya durante los últimos dos siglos: hierba mate y tabaco, y la principal —o única— fuente de ingresos del Estado se derivaba de los impuestos al comercio exterior. Esta fuente tenía, no obstante, sus límites, y si para comienzos de la década del ochenta la imposición al comercio exterior estaba bastante por encima de los niveles que se tenían en la época de los López —creando una estructura impositiva proteccionista en cierta contradicción con los supuestos principios librecambistas invocados por los dirigentes políticos después de 1870— no era posible seguir

expropiando recursos por ese lado. Primero porque significaba enfrentarse con intereses exportadores y comerciales muy fuertes; segundo, porque de hecho, cada apretón del recurso aduanero multiplicaba el contrabando. Es en esta coyuntura que se dieron los primeros pasos para modificar el proyecto de la primera época con la iniciación de la venta masiva de las tierras públicas y los herbales, procesos que se concretaron con las leyes de 1883, 1885 y 1886. Los bajos precios y las condiciones liberales de compra permitieron la entrada de especuladores e inversores extranjeros, principalmente argentinos, aunque los políticos y empresarios locales tampoco desaprovecharon la oportunidad para acumular tierra. La inversión en la tierra sólo podía tener un efecto económico productivo directo e inmediato en la medida en que fuera realizada en conjunción con otros proyectos comerciales. Pero la gran mayoría de las inversiones fueron de carácter especulativo y la crisis financiera rioplatense que se iniciara en 1890 produjo una baja del precio real de las propiedades y una serie de fracasos financieros. De hecho, el estrepitoso fracaso de algunos bancos en el Paraguay, principalmente extranjeros, debe verse en conexión con la crisis del valor real de las propiedades rurales.

Casi 16 000 000 ha de tierras públicas se vendieron en Paraguay a compradores en su mayoría extranjeros —argentinos y brasileños— entre 1885-1888. Los únicos ausentes fueron los obreros y los agricultores paraguayos, que con sus familias integraban casi 90% de la población.

Todo esto explica que en la primera década del siglo xx la distribución del ingreso que la actividad económica del país generaba era extremadamente desigual. La concentración desproporcionada de sus beneficios en un reducido número de

comerciantes y exportadores y la marginación de la mayoría de la población a niveles de precaria subsistencia eran características salientes del comportamiento de la economía. El grupo superior, que representaba menos de 10% de la población total, recibía casi 50% del ingreso interno, mientras que 60% de la población, que integraba el estrato de bajos recursos, recibía sólo aproximadamente 15% del ingreso nacional.

Pues bien, como puede deducirse de esta abocetada exposición, el Estado paraguayo aparecía débil, con agudos problemas de corrupción y había agotado sus mecanismos de generación de ingresos, fuera de la imposición al comercio exterior. Los recursos de la venta de tierra se habían gastado o dilapidado y los ingresos del exterior eran imposibles, puesto que ni siquiera el gobierno podía cumplir sistemáticamente con el servicio de la deuda británica. La única opción parecía consistir en aumentar la imposición del sector externo y regular la actividad de los grandes grupos exportadores. A esta situación socio-económica hay que sumar las luchas políticas entre los dos partidos políticos tradicionales, el Colorado y el Liberal, que configuraron una situación de anarquía política que llegaría a su paroxismo en 1911. Para tener cierta idea de este contexto, quizás ayude señalar que durante la época comprendida entre 1870 y 1921 hubo en el Paraguay 27 alteraciones del orden público, lo que da un término medio de dos revoluciones por año. La cifra resulta sorprendente dándose el caso, bien demostrativo por cierto, de presidentes que sólo duraron 20 días en el ejercicio de su mandato.⁹ En el

⁹ Tal el caso de Pedro Peña que ejerció la presidencia desde el 28 de febrero al 22 de marzo de 1912.

interregno transcurrido desde 1902 hasta 1912 ningún presidente civil en el Paraguay terminó su mandato dentro de los términos constitucionales, y la situación política comprendida entre 1908-1912 fue caótica y sangrienta al punto de sucederse siete presidentes. El motivo de esta anarquía tuvo su origen, como se adelantara más arriba, en los múltiples enfrentamientos armados de los sectores del partido Liberal, en los que intervinieron también facciones del partido Colorado. Desde mediados de la década de 1870, la Asociación Nacional Republicana o Partido Colorado había dominado la escena política, pero al comenzar el nuevo siglo, de manera lenta pero irreversible vio abrirse el vacío a sus pies debido a su escisión interna y a una vasta coalición de intereses sociales y económicos que se pusieron en su contra y determinarían su caída, en 1904. Las continuas tensiones y desavenencias entre Colorados y Liberales convirtieron al Paraguay en escenario de la más terrible anarquía. De esta forma, los preparativos para la celebración del Centenario hallaron al país en esta delicada situación política y social.

EL PRIMER DISCURSO HISTÓRICO SOBRE LA INDEPENDENCIA

No resulta muy difícil deducir, asimismo, las consecuencias que, en el plano cultural, suponía la situación psicológica de un pueblo física y espiritualmente derrotado por una gran guerra. Sin élites intelectuales, sin archivos históricos ni estatales, sin que quedaran en pie bibliotecas públicas o privadas, sin sistema educativo, la obra de reconstrucción cultural fue, al igual que en los planos político y econó-

mico, lenta y trabajosa. La primera expresión de resurgimiento fue la instalación, en 1876, del Colegio Nacional de Asunción, el primer centro de enseñanza superior de la posguerra. Allí, y más tarde en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, fundada en 1899, se iría formando un grupo de jóvenes —nacidos en su mayoría en la primera década siguiente al cataclismo bélico— que asumiría un papel decisivo en la cultura paraguaya; entre los principales exponentes de la que sería llamada la Generación del 1900, estaban Blas Garay (1873-1899), Juan O'Leary (1879-1969), Manuel Domínguez (1868-1935), Fulgencio Moreno (1872-1933), Arsenio López Decoud (1867-1945), Ignacio Pane (1879-1920), Eligio Ayala (1879-1930) y Manuel Gondra (1871-1927), Hérrib Campos Cervera (1879-1922), Teodosio González (1871-1932) y Gualberto Cardús Huerta (1878-1949).

El 26 de junio de 1895 un núcleo de esos jóvenes *novecentistas*, junto a otras figuras influyentes en la sociedad asunceña fundó el Instituto Paraguayo, espacio cultural en el que la fuerza de la palabra se convertiría en fuente de prestigio. En un comienzo sus impulsores se limitaron a enunciar entre sus propósitos el fomento del estudio de la música y el desarrollo de la literatura, proporcionar la enseñanza de idiomas y estimular los ejercicios físicos por medio de la gimnasia y la esgrima. Sin embargo, las cuestiones sobre el pasado se constituyeron, al poco tiempo, en materia predominante de las conferencias, de los discursos y de otras actividades llevadas a cabo por la institución, las que, en todos los casos, suponían un punto de referencia, un indicador preciso de los rumbos temáticos consagrados por esa élite intelectual; se impuso entonces

la necesidad de divulgar tales emprendimientos a través de una Revista. Así, en octubre de 1896 apareció el primer número; definida como una publicación de carácter esencialmente científico pasó a subtitularse, poco tiempo después, “Historia, Ciencias, Letras”, haciendo referencia a sus principales contenidos.

El mismo año de ese emprendimiento editorial partía a Europa uno de los jóvenes más activos de este espacio cultural: Blas Garay, con sólo 23 años, recién graduado de abogado, viajó para desempeñarse como secretario de la legación paraguaya en España representando al gobierno del general Juan Bautista Egusquiza (1894-1898). Durante su estancia en el destino diplomático recibió instrucciones para localizar y copiar en el Archivo de Sevilla y en otros repositorios, todo el corpus documental que pudiera referido a la historia de Paraguay, en particular aquellas fuentes que sirvieran para fundamentar los títulos paraguayos sobre la zona del Chaco y que podrían ser utilizadas en la disputa que ese Estado mantenía con Bolivia por la posesión de dicho territorio. Durante esa estadía, Garay publicó en Madrid, en 1897, cuatro obras: *La revolución de la independencia del Paraguay*, *Breve Resumen de la Historia del Paraguay*, *Compendio Elemental de la Historia del Paraguay* y *El Comunismo en las misiones de la Compañía de Jesús*. Esta producción, aunque breve, tiene, sin embargo, un significado fundamental porque inaugura propiamente la historiografía nacional paraguaya y, desde una perspectiva morfológica, ofrece un modelo erudito de escribir la historia. No obstante el lugar y la fecha de edición de *La revolución de la Independencia*, el plan de la obra y los materiales para su redacción parecen haber sido reunidos

por Garay antes de su estancia en Europa según las pruebas que nos ofrecen dos circunstancias: la primera es que el texto se sustenta en abultadas y completas citas documentales procedentes del Archivo Nacional de Asunción y prácticamente ninguna de archivos españoles; en segundo término, cuando a su regreso al Paraguay, en 1898, Garay publicara en la *Revista del Instituto Paraguayo* un trabajo titulado “El primer consulado”, advertía, en su presentación, que se trataba de un estudio que había tenido listo desde el año 1896. Tanto éste como *La revolución* llaman la atención por sus cuantiosas referencias provenientes del mencionado archivo paraguayo, de periódicos antiguos como *El Paraguayo Independiente* y de un importante corpus bibliográfico de autores rioplatenses como las respectivas ediciones de los difundidos textos de los argentinos Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano* y de Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*. Ambos relatos tienen, por lo tanto, una fuerza heurística notable, considerando el grado de desarrollo de los estudios históricos en el país y el perfil del autor en el que no es un dato menor el hecho de haber contado en 1896 solamente con 22 años. Además de la erudición, conviene subrayar dos de los argumentos ofrecidos por Garay: fue quien introdujo una valoración positiva de José Gaspar Rodríguez de Francia como actor principal e indiscutible del movimiento del 14 de mayo de 1811:

No se me oculta que al sostener que fue obra en gran parte de Francia la revolución del 14 de Mayo, lastimó muchas arraigadas convicciones [...] no obstante el respeto grande que me merecen todas las opiniones, por escasa autoridad que tengan y sin ánimo de ofender la memoria de quien goza de una glo-

ría inmerecida, he de reivindicar para el Dr. Francia lo que a mi parecer le corresponde por legítimo título; la que sus actos posteriores pueden haber empañado, más no destruido; la que deben aplaudir todos los paraguayos, cualquiera que sea el criterio con que juzguen su dictadura.¹⁰

Y dedicó especial atención a analizar las lealtades que se encarnaban en los diferentes grupos en Asunción en los prolegómenos revolucionarios: la de quienes sostenían el *status quo* respecto a España, la de los que luchaban por la independencia total y la de aquellos que adherían a la separación de España pero a su vez la unión con Buenos Aires. Y si bien Garay dejaba sentado su desprecio por este último grupo al que califica de “antipatriota”, su discurso histórico se mantenía, a su vez, distante de cualquier apriorismo nacionalista, en el sentido de no asociarse a la explicación de la independencia sobre el presupuesto de la emancipación nacional, relacionando la identidad cultural y la aspiración al ejercicio pleno de la soberanía como una evidencia que no necesitaba justificación.

A la vez, Garay enlaza en sus textos, por primera vez, dos mitos patrióticos que tendrían fuerte impacto en la construcción de la memoria nacional paraguaya a partir de esa época. En el *Breve resumen de la historia del Paraguay* —síntesis y a la vez versión mejorada del *Compendio elemental de la historia del Paraguay*— presenta un relato que puede asimilarse a los llamados “mitos de origen”, y que es utilizado por el joven historiador para situar en la

¹⁰ “Apéndice A”. He utilizado la edición más reciente de *La revolución de la independencia*, Asunción, El Lector, 1996, p. 105.

patria indígena el momento fundacional de la nación paraguaya. Relata que dos hermanos venidos “de la otra parte del mar, arribaron a Brasil, se establecieron en ella y sus descendientes se multiplicaron de tal modo que formaron populosa nación. Mas una disputa acerca de la propiedad de un papagayo ocurrió entre las mujeres de los dos hermanos, lo que hizo que estos acordaran separarse. Tupí, el mayor, quedó en el Brasil y guaraní partió con todos los suyos hacia el sur y fue progenitor de un pueblo numeroso y atrevido, que extendió cada vez más sus dominios. Un diluvio estuvo a punto de extinguir la raza guaraní más el profeta Tamandaré lo predijo y se refugió con algunas familias en una palmera colosal, de cuyo fruto se alimentaron hasta que se retiraron las aguas”. Como se ve, pueden distinguirse con facilidad varios micro-relatos, propios de este tipo de construcciones, como la secuencia del paraíso y el diluvio. El otro mito incoado y que actuaría como factor fundamental en la explicación del proceso de singularización nacional es el de los llamados de la *Edad de Oro*, etapa que Garay hace coincidir, en el caso de Paraguay, con la del gobierno de Carlos Antonio López, durante la cual, exponía, el país “era una de las más fuertes potencias militares sudamericanas. Poseía la república un buen ejército, arsenales, fábricas de pólvora, ferrocarriles, fundiciones de hierro, escuelas numerosas, comercio próspero”, en fin, una edad repleta de bienestar que la guerra destruiría.¹¹

¹¹ GARAY, *Breve resumen de la historia del Paraguay*, pp. 8-14. Disponemos por el momento de insuficientes testimonios sobre los públicos que leyeron o discutieron estas obras en el Paraguay. Algo de esto da cuenta, sin embargo, un artículo firmado por Manuel Gondra que apareció en el diario *La Democracia* en el año 1897 con el propósito de refutar el

El papel rector de Garay en la escritura de la memoria paraguaya quedó abortado en 1899 cuando falleció súbitamente, a los 26 años. Tras esta producción histórica fulgurante y fugaz y, exceptuando la tremenda polémica político-histórica que enfrentó en 1902 a Cecilio Báez y al joven Juan O'Leary¹² a través de la prensa asunceña, los años que rodearon al Centenario de la independencia aparecen como un momento prolífico en visiones del pasado y en discursos históricos.¹³

En el mes de agosto de 1910, la editorial de Ramón Monte Domecq y Cía. inició las gestiones para la edición de lo que se denominaría *Álbum gráfico de la República de Paraguay. 100 años de vida independiente 1811-1911*, con el propósito de hacer coincidir su aparición con la celebración del 14 y 15 de mayo, al año siguiente. Pero el momento político no podía ser más difícil para desarrollar tal emprendimiento: la iniciativa coincidió con la caída del gobierno del presidente Benigno Ferreira, luego, en el mes de noviembre de 1910 asumió la primera magistratura Manuel Gondra, pero

juicio que Garay exponía en el *Compendio* sobre la administración de Carlos Antonio López en materia de educación y cultura. También la *Revista del Instituto Paraguayo* ofreció en uno de sus números correspondientes al año 1898 una reseña sin firma del *Compendio elemental de la historia del Paraguay*.

¹² Los contenidos y extremos de este intercambio, expuestos desde las columnas de los diarios *El Cívico* y *La Patria*, los hemos desarrollado en BREZZO, *Polémica sobre la historia de Paraguay*, pp. 3-37.

¹³ Entre la producción de Blas Garay y la del Centenario apareció, en Asunción, en 1906, el breve trabajo del diplomático paraguayo Gregorio Benites titulado *La Revolución de Mayo de 1814-1815* en el que resaltaba la línea interpretativa de la rivalidad entre Asunción y Buenos Aires y subrayaba los propósitos de conquista que históricamente habían animado la política argentina respecto al Paraguay.

un nuevo golpe de Estado lo alejó del poder, el 17 de enero de 1911, al asumir la presidencia el coronel Albino Jara. Todo esto a meses de las fechas celebraticias y sin que hubiera sido posible avanzar en la composición del *Álbum* porque todos los posibles escritores o autores que intervenían estaban comprometidos en las luchas partidarias. El presidente Jara contaba, en esos meses, con el joven *novecentista* Manuel Domínguez como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública y fue a quien, dada la situación en que se hallaba el país, se le ocurrió un decreto que establecía el “aniversario móvil” de la celebración del Centenario. Con el propósito de evitar aglomeraciones populares, ante el desquicio social que asumía el país y la imposibilidad de contar con un presupuesto mínimo para los festejos, el 22 de abril de 1911 el gobierno resolvió trasladar al mes de octubre de 1913 la celebración del Centenario de la independencia. Interesan los considerandos en que se fundaba tal disposición: que la revolución de mayo de 1811 en Paraguay había sido hecha a nombre del rey de España y que lo verdadero era el Congreso del 12 de octubre de 1813, que había proclamado la República y declarado “resueltamente la independencia política”. Para cuando el decreto fue publicado, un nuevo levantamiento había provocado la caída del presidente Jara, a quien sus propios aliados políticos presionaron para que renunciara el 5 de julio de 1911, a cambio de la promesa de ser electo presidente para el periodo 1914-1918. En su reemplazo llevaron a la presidencia provisional a uno de sus amigos, Liberato Rojas. Finalmente, las elecciones de 1912 catapultaron a la presidencia al líder del sector radical del partido Liberal, Eduardo Schaerer, para el cuatrienio 1912-1916. Pero las secuelas de la anarquía política hicieron que

los desasosiegos de la celebración continuaran. Se dictaría, entonces, un nuevo decreto, el N° 1165, del 10 de octubre de 1913, en cuyo texto se fundamentaba la necesidad de una nueva prórroga para la evocación de la independencia pues se mantenían las causas que motivaron el decreto de abril de 1911, pero fijaba, no obstante, la celebración del Centenario del Congreso de 1813 para ese año en curso. Finalmente, un nuevo decreto, el N° 1237 del 17 de octubre, resolvió que se constituyera la comisión encargada de organizar las fiestas conmemorativas de la independencia en 1914.

UNA “BIOGRAFÍA NACIONAL”

Dadas las circunstancias políticas reseñadas, la empresa Monte Domecq optó por recortar su primigenio proyecto y se limitó a editar, a fines de 1911, una obra conmemorativa “instructiva y útil”, en el formato de álbum, bajo la coordinación de Ramón Monte Domecq, Carlos Cálcena y el ingeniero Augusto Cálcena titulada *La República del Paraguay en su primer Centenario, 1811-1911*, que pretendía resumir lo estadístico, lo comercial y lo artístico sobre el Paraguay dando cuenta “de sus riquezas, de su sociabilidad, de sus bellezas y del adelanto de su comercio y sus grandes industrias”.¹⁴

¹⁴ Hasta ese momento nunca se había editado en Paraguay un *Álbum*. Desde 1860 hasta comenzado el siglo xx habían proliferado, en Asunción, los denominados *Almanaques*, mezcla de calendario, registro de hechos notables y anticipaciones, referidos sobre todo a la evolución del estado económico y social. Estos cedieron su lugar, en los primeros años del nuevo siglo, a las *Guías*, en las que se procuraba patentizar el desarrollo del quehacer nativo, intercalando notas sobre el incipiente

Luego que la casa editora Monte Domecq abandonara la primigenia iniciativa editorial, Arsenio López Decoud asumió la dirección del proyecto, recomenzando a reunir al grupo de colaboradores que intervendría en la obra colectiva. Nacido en San Fernando en 1867, era hijo de Benigno López y Petrona Decoud Egusquiza y por consecuencia nieto de Carlos Antonio López y sobrino del Mariscal López. Al término de la contienda fue llevado a Buenos Aires donde hizo toda su carrera de estudiante hasta graduarse de alférez en la Escuela Naval Argentina. En 1890 regresó al Paraguay y pasó a ocupar distintas posiciones públicas y desde allí se convirtió en gran animador de iniciativas culturales.

El enfoque y los contenidos del *Álbum gráfico* se mostrarían diferentes de la iniciativa editorial anterior desde la misma estructura de la obra que quedó dividida en dos partes: la primera, dedicada a la realidad histórica paraguaya reuniría 10 trabajos en la que intervendrían 9 escritores y la segunda quedó destinada a trazar un perfil del país a través de las principales instituciones bancarias, industriales y comerciales.¹⁵ El grupo de autores elegidos por el compilador, además de él mismo, provenían del núcleo principal de los *novecentistas*: Enrique Solano López, Cecilio Báez,

progreso público, sobre la calidad de los productos de la tierra y noticias de la comunicación y el transporte, o bien fotos de los “logros edilicios”, como mansiones y amplios locales para la importación. Dichas particularidades se transferirían a los álbumes gráficos, pero éstos, a su vez, ofrecerían abundantes novedades en materia de presentación, calidad y estilo.

¹⁵ El *Álbum gráfico* fue impreso en Buenos Aires, por la Compañía Argentina de Fósforos, con una extensión de 530 páginas y un tamaño de 25 × 35 cm. La edición comenzó a circular en agosto de 1912.

Blas Garay, Manuel Domínguez, Fulgencio Moreno, Ignacio Pane, Juan O'Leary a los que se sumó la producción escrita del ingeniero suizo Moisés Bertoni (1857-1929). La inclusión de textos de Blas Garay, fallecido hacía más de una década, venía a ratificar el reconocimiento hacia el que era considerado el iniciador de la expresión historiográfica posbélica, en tanto la de Bertoni, único colaborador extranjero, tuvo su explicación en los trabajos primigenios que en esos años presentara el investigador sobre la geografía y la etnografía guaraníes y que tendrían, a partir del Centenario, enorme impacto historiográfico.

El director fijó dos objetivos a este esfuerzo editorial:

El país busca dejar señalada su expresión y brindar una imagen destinada a captar el interés ajeno, ofrecer a los nacionales y a los residentes la ocasión de contemplar el camino recorrido en esta penosa pero firme reconstrucción; se trata, sobre todo, de presentar una visión, aunque rápida, de la vida nacional durante un siglo.¹⁶

Este propósito nos pone delante del primer intento, por parte de un grupo de intelectuales en Paraguay, de mostrar una “biografía nacional”, es decir, una visión orgánica de la nación que adquiriría la madurez después de un lento proceso de gestación y de infancia no exenta de dificultades que todo crecimiento lleva consigo. El segundo objetivo enunciaba que:

Él [el Álbum] dirá que no fuimos una horda de bárbaros fanatizados, el millón de salvajes al que debió redimirse por la sangre y

¹⁶ *Álbum gráfico*, p. 7.

el fuego. Que hicimos patria, que intereses poderosos nos la deshicieron y que la reconstruimos pacientemente. Pertenecemos a una raza inteligente y sobria, fuerte y valerosa, capaz de sufrir sin una queja las más duras privaciones y de llevar a cabo las más altas empresas en la paz como a cabo las llevamos en la guerra.¹⁷

Esta intención constituía una clara respuesta a la retórica que sobre las causas de la guerra y sus resultados había predominado en los países vencedores antes y después de su desarrollo, según la cual se asimilaba a la sociedad paraguaya con la “barbarie”; desde esa perspectiva la acción bélica había sido llevada a cabo “por las sociedades cultas del Plata para derrocar la tiranía y dar expansión a la libertad de los ciudadanos”.¹⁸ Se evidencia, entonces, en este propósito formulado por Decoud que, para los escritores del *Album*, aquella acusación de barbarie venía a poner en tela de juicio

¹⁷ *Album gráfico*, p. 8.

¹⁸ En Argentina, José Manuel Estrada escribía, cuando comenzaba la guerra, su *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay en el siglo XVIII, seguido de un apéndice sobre la decadencia del Paraguay y la guerra de 1865*, en el que exponía que el triunfo de la Triple Alianza “hará que ‘las riquezas inexploradas del Paraguay se precipitarán por la ancha boca, la industria y el comercio asentarán sus reales, en los bosques vírgenes que encierran la opulencia desaparecerá todo el cotejo de la barbarie (maldades, pobreza) con la desaparición de la tiranía [...] Siendo el Paraguay refractario de la civilización y de la libertad a causa de haberlo secuestrado sus tiranos[...]su esperanza reposa en la extinción completa y absoluta de su antagonismo contra el Río de la Plata’. Este y otros ejemplos de esta retórica, los hemos expuesto en BREZZO, “Imagen histórica versus cooperación”, pp. 131-145. Asimismo, sobre la perpetuación de este discurso en textos para la enseñanza de la historia en Argentina los hemos recogido en “El Paraguay y la Argentina en los textos escolares. Una perspectiva bilateral de las representaciones del Otro”, pp. 163-193.

el derrotero histórico del pueblo paraguayo y por lo tanto era necesario reivindicar ese pasado a través de la historia.

Finalmente, el orden y los campos de los capítulos dedicados en el *Álbum* a la realidad histórica quedaron diseñados de la siguiente manera: 1) Reseña histórica de Paraguay, a cargo de *Blas Garay*, 2) Reseña geográfica de Paraguay, por *Arsenio López Decod*, 3) Resumen de la historia económica del Paraguay, por *Fulgencio Moreno*, 4) Relaciones Internacionales, por *Cecilio Báez*, 5) La guerra de la Triple Alianza, por *Juan O'Leary*, 6) El periodismo en el Paraguay, por *Enrique Solano López*, 7) Intelectualidad paraguaya, por *Ignacio Pane*, 8) Historia de la instrucción pública en el Paraguay, por *Cecilio Báez*, 9) Inmigración y colonización antes y después de la guerra, por *Fulgencio Moreno* y 10) La capital de la República, su historia, por *Manuel Domínguez*. Todos los trabajos, con excepción del de Blas Garay, fueron especialmente preparados para esta edición colectiva la que conforma, para el análisis historiográfico, un rico campo de ideas. Me limitaré, sin embargo, a referirme a aquellos cuyo contenido resulta emblemático de la perspectiva en la que se sitúa este trabajo.

El primero en el que veo la necesidad de detenerme es el titulado *Reseña Geográfica de Paraguay*. Manuel Domínguez redactó dos partes de ese capítulo, referidas a *El ganado vacuno en el Paraguay* y *El algodón en Paraguay*. El rasgo más pronunciado que se advierte en ambos escritos es el impulso por exaltar lo propio, a tal punto que lo llevará, desde la perspectiva discursiva, a un callejón sin salida: la consideración de la nación paraguaya como algo específico, especial, absolutamente original. Tal ceguera historiográfica llega a su paroxismo cuando Domínguez centra el

pasado y el presente de Paraguay en un único actor: el buey. Fijémonos si no, en la síntesis que ofrecía en el primero de los textos mencionados:

El buey salvó a la conquista, sostuvo a la colonia, fue con el criollo a fundar ciudades, hizo posible la independencia, era uno de los recursos grandes del Dr. Francia y de los López y aún hoy, después de la guerra arrasadora, mediante ese servidor manso y robusto, el Paraguay es todavía, en relación, uno de los países más ricos del mundo.¹⁹

Igual tendencia se advierte en el escrito sobre la importancia del algodón:

Todos certifican que el Paraguay produce el algodón de la mejor clase y en mayor cantidad, durando más y costando menos. Tenemos un país que produce más, mejor, por más tiempo y más barato que cualquiera otra zona. El Paraguay rinde más algodón que cualquier país del mundo: más de 1000 kilogramos por hectárea.²⁰

Si se considera que en realidad y, no obstante los esfuerzos desplegados, el Paraguay se veía en esos años en la necesidad de importar ganado desde Argentina y que el algodón constituía un renglón muy pequeño de su exportación, incapaz de atender las demandas de países como Gran Bretaña, habiendo sido demostrado ese déficit incluso desde medio siglo atrás, durante la guerra de Secesión estadounidense,

¹⁹ *Album gráfico*, p. 73.

²⁰ *Album gráfico*, p. 69.

cuando se había producido el conocido *cotton boom*,²¹ se hace aún más relevante la comprobación de este apriorismo, que tendrá doble consecuencia: creará una ficcionalización de la historiografía y una historificación de la ficción.²²

El mismo capítulo recoge la participación de Moisés Bertoni como autor del trabajo sobre el *Clima*. El aporte de este ingeniero agrónomo es un anticipo de los resultados de sus investigaciones que recogerá a partir de 1913 en un primer libro titulado *Descripción física del Paraguay*, verdadera bisagra de los estudios sobre la cultura guaraní y la construcción nacional puesto que con anterioridad a su contribución en el *Álbum gráfico* y al texto mencionado no se encuentran tentativas, en ese país, de convertir a los pueblos guaraníes en sujetos históricos en el periodo anterior al descubrimiento. Será, entonces, el primero en intentar construir una historiografía guaraní no dependiente de los

²¹ Precisamente una de las teorías explicativas sobre las causas de la guerra de la Triple Alianza sostenía que la guerra civil en Estados Unidos había creado tan grave alteración del mercado que los británicos habían considerado al Paraguay como un proveedor que compensaría la declinante oferta de los estados confederados. Sin embargo, se ha mostrado que la evidencia disponible hasta el momento presta poco apoyo empírico a esta explicación. Véase, entre otras obras principales recientes que contribuyen a desarticular esos argumentos: WHIGHAM, *The Paraguayan War*; CAPDEVILA, BOLDIN y RICHARD, (comp.), *Les guerres du Paraguay aux XIX et XX siècles*; DORATIOTO, *Maldita Guerra*.

²² Francisco Pérez Maricevich es quien ha analizado este fenómeno que difumina los límites entre la historia y la literatura paraguaya en el siglo xx y señala las consecuencias negativas tanto para el campo de la historia —que pierde en dicho proceso su esencia primordial como género, la de reconstruir la realidad histórica— como para el de la ficción, que pierde su independencia imaginativa al verse limitada temáticamente y subordinada a fines extraliterarios. Véase MÉNDEZ-FAITH, *Novela y exilio*.

cronistas coloniales. Animado de un notable impulso idealizador al pretender demostrar el alto grado de civilización a que habían llegado al momento del descubrimiento, el texto de Bertoni se consolidará como una construcción movilizadora que conectaba perfectamente con la historiografía del Centenario.²³ En esta misma línea de análisis, la *Descripción política. Etnografía, población, división política de Paraguay*, redactada por Arsenio López Decoud en el mismo capítulo, reviste particular interés por el tipo de nación que sostiene como base de la paraguaya y que le hará sostener:

Creo que los habitantes del Paraguay tienen más fiereza, sagacidad e inteligencia que los criollos y yo los creo también más activos [...]; la raza de los de Buenos Aires no aliada a los mestizos no tiene las ventajas de la del Paraguay y hace que los de esta última sobrepasen a los de Buenos Aires en talla, proporciones, actividad y sagacidad.²⁴

Se trata de una construcción ideológica según la cual el Paraguay constituía, en su origen, una nación mestiza, entendida como algo superador a la indígena y asimilada, por cruzar sucesiva, a una nación de raza blanca *sui generis*:

Existe entre nosotros una perfecta homogeneidad étnica: el pigmento negro no ensombrece nuestra piel. Amamos nuestra tra-

²³ Con Moisés Bertoni se inician los estudios sistemáticos de la edad y formación de los terrenos del Paraguay. En 1914 publicó *Resumen de Prehistoria y Protohistoria de los países guaraníes*; su obra más importante serían los tres tomos de *La civilización guaraní*, cuya primera parte apareció en 1922 y la última entrega en 1927. Sobre Bertoni y su producción intelectual véase CARDOZO, *Historiografía paraguaya*, pp. 44-47.

²⁴ *Álbum gráfico*, p. 77.

dición y nos es grato conservar nuestro dulce y poético idioma guaraní y él y ella a pesar de todo, nos mantendrán unidos a través del tiempo y de las vicisitudes. Hemos cruzado y cruzamos por períodos en los que la ambición política puede, por momentos, sobreponerse a los intereses del Estado. El mal no es grave ni es hondo: es transitorio y es superficial y lo causa nuestra inexperiencia. Por ello han debido pasar todas las Naciones de América. No podía, pueblo que sólo cuenta 40 años, pues nuestro renacimiento data de 1870, sustraerse a esa dura ley.²⁵

Por ello, no obstante esas pruebas, López Decoud se lamenta que en el presente,

Cuando pretenden ofrecer una imagen gráfica paraguaya dan a la estampa un indio de la selva chaqueña, cubierto de plumas y abalorios, como un exponente del grado de civilización a que hemos alcanzado. No importa que la mejor sangre española que vino a América corra por nuestras venas mezclada con la piel del guaraní altivo, valeroso y magnánimo, nada significan la blancura de nuestra piel y la armonía en su conjunto; nada tampoco el haber tenido al frente de nuestros gobiernos estadistas de verdad, paz, prosperidad, independencia y riquezas, cuando en la vecindad los Rosas, Quirogas y demás Flores y Chachos, ensangrentaban las ciudades y campos y una esclavocracia se alzaba amenazadora contra las tambaleantes instituciones republicanas. Éramos nosotros, los paraguayos, los únicos bárbaros y esclavos de la América del Sur y fue necesario que los que no tenían entonces ni civilización ni libertad se aliaran para darnoslas. Pero ¡ay! ¡Que tan generoso anhelo resultó inútil y hoy como ayer, como hace medio siglo, refractarios a su dura enseñanza, cristalizados en nuestra barbarie,

²⁵ *Álbum gráfico*, p. 78.

seguimos siendo para ellos y solo para ellos, las hordas de salvajes que del 65 al 70 les vendimos bien cara la victoria, victoria de alas rotas y de cabeza cercenada, victoria de museo, como la Samotracia!²⁶

Interesa mostrar aquí la ambivalencia ante lo indígena: reivindicación de su contribución y su lengua pero a la vez racismo; “indio” aparece con énfasis en un plano de menosprecio y de subestimación. Esta construcción, según la cual el Paraguay era una nación mestiza en su origen que evolucionó a blanca quedó consagrada, hasta donde he podido comprobar, a partir del momento historiográfico que rodeó al Centenario, lo que explicaría, además, hechos en apariencia inexplicables en el proceso de construcción nacional paraguayo como la ausencia total de elementos indígenas en los símbolos patrios junto a otros elementos menos convencionales como la nomenclatura urbana y la selectividad en el uso del guaraní.²⁷

Otro de los capítulos que demanda especial referencia es el redactado por Juan O'Leary sobre *La guerra de la Triple Alianza*, texto iniciático del autor sobre el tema, y lo que bien podría denominarse, el primer relato *de los vencidos*. Se trata de un trabajo que excede en extensión a todos los incluidos en el *Álbum gráfico* —90 folios en contraste con el máximo de 10 de los demás— cuyo núcleo fundamental, desde la perspectiva de este abordaje, lo constituye el

²⁶ *Álbum gráfico*, p. 81.

²⁷ Acerca de la ausencia de elementos indígenas en el lenguaje simbólico de la nación paraguaya véase BURUCÚA y CAMPAGNE, “Los países del Cono Sur”, pp. 433-474.

segundo capítulo del total de cinco²⁸ en los que está estructurado el texto, porque O'Leary configura allí un esquema del pasado nacional que caló definitivamente en la historiografía paraguaya a partir de esos años en simbiosis con el contexto político. Para comenzar a explicar las causas del estallido bélico, retoma el motivo incoado por Blas Garay y luego por Manuel Domínguez, de la edad de oro referida a la época de Carlos Antonio López:

Para defender nuestros derechos, en el terreno puramente histórico, fue fundado *El Paraguay Independiente* y para sostenerlos con las armas, si llegara el caso, se militarizó completamente el país. Y a la sombra de nuestro poder militar aumentó nuestro poder, convirtiéndose el Paraguay en una potencia americana de primer orden. Cuando falleció nuestro glorioso patriarca formábamos ya una gran Nación, rica y poderosa, cuya influencia pesaba en los destinos de la América del Sur, habiéndose incorporado activamente, en 1859, al movimiento internacional del Río de la Plata, interviniendo en el viejo pleito argentino.²⁹

La guerra, en cuanto causa de destrucción de ese ideal comunitario y fraternal realizado en su plenitud es un núcleo importante y persistente en el discurso histórico de este autor —y de los otros autores del *Álbum gráfico*— quien no hablará ya de alcanzar, conseguir o imponer objetivos para la sociedad de su época, sino de recuperar algo que en

²⁸ El relato de la guerra está articulado en cinco campañas militares: campaña de Matto Grosso, campaña del Uruguay, campaña de Humaitá, campaña del Pikysyry y campaña de las Cordilleras.

²⁹ *Álbum gráfico*, p. 264.

el pasado ya se tuvo, una situación ideal —independencia, unidad, autonomía— que un día fue suya y otros le arrebataron ilegítimamente. Por ello, de este mito de la edad de oro devendrá el llamado mito del eterno retorno, que tanta acogida tendrá, en los años siguientes al Centenario, a partir de los escritos de Manuel Domínguez y que concentrará un discurso histórico basado en el regreso a una época de oro, pletórica de abundancia y de plenitud.³⁰

En cuanto a la visión de la guerra propiamente dicha, se distinguen tres caracteres: es un relato militar, puesto que lo divide en cinco campañas sembradas de heroísmo³¹ y es un relato nacional, cuyo resultado es una gesta de epopeya y patriotismo de la nación paraguaya.³² Pero sobre todo, la de O'Leary es una perspectiva “politicista”, en la que prevalecen los aspectos políticos y militares por encima de todos los demás para explicar el movimiento histórico y confor-

³⁰ DOMÍNGUEZ, *El milagro de lo eterno y otros ensayos*, pp. 44-89.

³¹ Como muestra de esto, puede leerse el siguiente relato, entre otros muchos que este escritor intercala a lo largo de los cinco capítulos, en este caso sobre el mayor Pedro Duarte, jefe paraguayo en Uruguayana, quien, luego de la derrota fue llevado en calidad de prisionero ante el general Flores, jefe de la vanguardia del ejército aliado. Según relata Juan O'Leary, “Flores fue tratado brutalmente por el caudillo oriental quien no supo colocarse al lado del infortunado heroísmo de su adversario, prodigándole palabras soeces y amenazas cobardes: —Voy a hacerle pegar cuatro tiros; —¡Los recibiré como de sus manos, General! Qué hombres, qué palabras”, en *Álbum gráfico*, p. 129.

³² Escribe O'Leary: “Una generación valiente y abnegada, compuesta de hombres de todos los círculos sociales, combatió y sucumbió en los campos de batalla, al lado del dictador y hasta las mismas mujeres figuraron heroicamente en aquella horrorosa lucha. El agotamiento del Paraguay y la superioridad de las fuerzas enemigas decidieron al fin, la suerte de las armas a favor de los aliados”, en *Álbum gráfico*, p. 203.

ma, al final, una historia “a la defensiva” porque confluye a la hora de explicar las causas de los problemas sociales de su país en señalar a la injerencia ajena, así como identifica los periodos más pujantes de la historia con los momentos de plena independencia o mayor autonomía. En esta línea, O'Leary arremete, por ejemplo, contra los historiadores de los países aliados durante la guerra, principalmente, como era de esperar, contra el argentino Bartolomé Mitre, a quien —y aunque hubiera muerto hacía una década— el joven escritor paraguayo le reclama y hace recaer la mayor parte de la responsabilidad de la guerra y la decadencia de su país:

Ha muerto Mitre, han muerto sus apologistas y hasta se ha publicado su archivo [...] Entretanto las cosas siguen en el mismo estado sin que nadie se haya confundido ni mucho menos se haya probado que la sangre de los diez mil sacrificados en el matadero de Curupaity deba caer sobre la frente de otro que no sea el que los condujo, ciegamente, a la derrota y a la muerte.³³

Ignacio Pane redactó para el *Album* el capítulo titulado *Intelectualidad Paraguaya*, siendo el primer impulso por incorporar ese territorio historiográfico hasta el momento inexplorado. Sin embargo, lo que interesa subrayar en este escrito, en el marco del presente análisis, es la función que el autor le asigna a la historia. Nacido en Asunción, Pane había iniciado su andadura intelectual recitando versos

³³ Menos ríspido pero sin olvidarse de mencionarlos porque no habían sabido “reconocer el honor y el heroísmo del pueblo paraguayo”, figuran en la nómina los escritores José Ignacio Garmendia, Victoriano de Barros, Madureira y el Barón de Río Branco.

propios en el Instituto Paraguayo cuando sólo contaba con 17 años y si bien se graduó de abogado se volcó definitivamente a su vocación literaria. En el texto preparado para el *Álbum* reúne a quienes, según su criterio, eran los ocho intelectuales más influyentes de Paraguay al comenzar el siglo xx: encabezados por Manuel Domínguez, le siguen Cecilio Báez, Manuel Gondra, Blas Garay, Juan Silvano Godoi, José Segundo Decoud y Juan O'Leary, enumeración que hace permeable la trama y los contenidos de ese contexto cultural pero fundamentalmente define la misión que los escritores del Centenario le asignaban al estudio del pasado:

Así como a la generación anterior ha correspondido la tarea de *reconstruir* nuestra historia, a la actual ha tocado *reparar* la injusticia histórica, la de descargar las colosales figuras de López y nuestros guerreros de 1865-70 del montón de censuras, befas y condenaciones que la Triple Alianza y los extranjeros junto a algunos nacionales arrojaron contra ellos y sobre ellos. Podemos decir que hoy, gracias a la juventud se ha suprimido la añagaza partidista del *lopismo* y consagrar como credo nacional que si los López son pasibles de crítica por sus actos despóticos, son dignos de admiración y orgullo colectivo por su inteligencia y patriotismo.³⁴

En esa obra de reparación, Pane se incluía en la línea de Domínguez, O'Leary y Enrique Solano López. Resulta de enorme interés esta declaración de su uso en el sentido de reconstruir y reparar a la nación desde la historia a cuyo fin, a partir del Centenario, quedará asociado, también, el proceso de heroificación de Francisco Solano López.

³⁴ *Álbum gráfico*, p. 157.

Pues bien, coincidiendo con la aparición del *Álbum*, el joven escritor *novecentista* Fulgencio Moreno publicó su *Estudio sobre la Independencia del Paraguay* (1911) en el que hacía recaer en la pugna entre las ciudades de Asunción y Buenos Aires a partir del siglo xvii, el peso explicativo del proceso independentista y la razón por la que la retórica nacionalista paraguaya se había dirigido, ante todo y en todo momento de dicho proceso, hacia la capital virreinal, tal como se lee en uno de los párrafos emblemáticos de este texto:

Un modo de sentir y de pensar, formado en siglos de labor casi inconsciente, no se modifica en un solo día por el esfuerzo de un solo hombre. La insistencia del Paraguay de no someterse a Buenos Aires no fue la obra exclusiva del Dr. Francia. En esa población conservadora que apoyaba el partido español de 1810, expulsaba de su suelo a las huestes porteñas con un entusiasmo que admiró al mismo Belgrano y se apegaba al terruño natal, sin querer admitir adherencias peligrosas con Buenos Aires, hay algo más que la fugaz intervención de un hombre; malquerencias seculares de orden económico, de carácter moral, adquirieron la forma de una prevención invencible, de una aversión casi ingénita”. Moreno advertía sobre lo aventurado que era atribuir —a diferencia de lo que sustentara Blas Garay—a una sola persona, en el caso del doctor Francia, la creación de la “nacionalidad y de la independencia”, repartiendo el liderazgo entre Fulgencio Yegros y Manuel A. Cavañas.

Si se analizan estas visiones del pasado en el marco de las consecuencias que la guerra de la Triple Alianza tuvo en todos los campos de la realidad, incluido el cultural, y a los historiadores como una manifestación de la posguerra, se

explica que se esté en presencia de un momento lleno de responsabilidades nacionalistas, cuyos extremos son la reconstrucción y, bajo el creciente influjo del nacionalismo, de la reparación histórica, condicionante que llevó a convertir a algunos de los productos historiográficos en verdaderas gestas de epopeya y patriotismo. Dentro de esta construcción del pasado aparecía la formación histórica de un “pueblo nuevo” durante el periodo colonial, el “pueblo paraguayo” como resultado del mestizaje, que adquirió, en las dos últimas décadas del siglo XVIII, los perfiles nítidos y las características propias de una nación. Ciertamente entonces, se refuerza la interpretación según la cual la temprana fundación de la República en 1811 y del Estado nacional independiente paraguayo en 1813 era el resultado del proceso colonial y disparador de la integración nacional.

Aunque desde este nuevo siglo la historiografía que acabamos de exponer podemos verla como tergiversación y anacronismo histórico, admite ser observada, asimismo, como una labor constructiva en cuanto fueron los primeros impulsos por elaborar y divulgar una biografía nacional paraguaya y cuyos autores tenían un quehacer principal: afirmar los valores espirituales de la nación renaciente de la catástrofe.

HISTORIA “PATRIÓTICA” Y ASINCRONISMO HISTORIOGRÁFICO

Pues bien, desde el Centenario y hasta mediados del siglo XX, el nacionalismo impregnó toda la explicación sobre el pasado paraguayo y, en particular, la del proceso de la independencia, en sintonía con lo que ocurría en otros espacios riopla-

tenses; en este sentido podría afirmarse que el Paraguay compartía el llamado “consenso historiográfico” traducido en un meta relato hegemónico que consistía en explicar el pasado y sobre todo el proceso de la independencia desde el convencimiento de que se analizaba la gesta nacional, la forja de la nación, esquema al que se asociaban los otros corolarios de dicho discurso, los conceptos de “pueblo” y la acción de los “héroes”; construcción que, como ha sido mostrado, se volvió hegemónica en los países latinoamericanos y que tenía el sentido de unificar la historia de sociedades altamente diferenciadas étnica y socioeconómicamente, así como con amplios contrastes regionales.³⁵

No obstante, la época de la independencia no sería la época central en el interés de los historiadores en Paraguay en esos años, por varias circunstancias, algunas ya enunciadas: la derrota en la guerra contra la Triple Alianza y sus consecuencias tuvieron un peso tremendo en la memoria colectiva; así, cuando a fines del siglo XIX surgen los primeros discursos históricos, se concentrarán, sobre todo, en interpretaciones sobre ese cataclismo bélico; incluso cuando, en las primeras décadas del siglo XX, en el resto de los países vecinos florecerán las llamadas grandes historias nacionales, en el Paraguay no hubo esta iniciativa, quizás porque se vivía en una anarquía política poco favorable a estas grandes empresas que necesitan paz y un relativo apaciguamiento de las pasiones políticas.

Era lógico esperar, sin embargo, que en los años siguientes, al igual que lo que ocurriera en la mayoría de los paí-

³⁵ CHUST CALERO y SERRANO, *Debates sobre las independencias iberoamericanas*.

ses latinoamericanos, esa visión del pasado fuera revisada, al compás del influjo de nuevas corrientes de pensamiento filosófico entre los historiadores, de mayor profesionalización de la disciplina histórica y de nuevas formas de entender el oficio, su objeto, sus métodos. Mas esto no se produjo. A partir del ascenso a la presidencia de Alfredo Stroessner, en 1954, y de la evolución de su régimen, se consolidó la tendencia de la historia patriótica y se promovió una pedagogía nacionalista para su enseñanza, en cuyo transcurso se adoptó, incluso, la modalidad de libro único, a partir de una enunciación según la cual la nación paraguaya se había formado en la época colonial mediante una pacífica alianza entre los españoles y los guaraníes y en 1811 se había producido la independencia de manera incruenta. El país había transitado, luego, durante los gobiernos de Francia y de los dos López por una época llena de bienestar y de riqueza configurando un modelo de desarrollo autónomo en América del Sur que fue brutalmente abortado por los Estados de la Triple Alianza. Este esquema y las acciones por parte del Estado configuraron, en el transcurso de los 35 años del gobierno de Stroessner, una cultura histórica poco abierta a las solicitudes procedentes de las denominadas “Nuevas Historias” que no tuvieron, salvo excepciones, recepción alguna en el país. Las pruebas disponibles demuestran que el contexto político definido por el stronato, el peso de gravedad que en la memoria colectiva mantenía la guerra de la Triple Alianza, las secuelas de la guerra del Chaco que enfrentó a ese país con Bolivia, entre 1932-1935 y el lento ritmo de profesionalización intervinieron para que el Paraguay se sustrajera de los impulsos renovadores puestos en marcha por el conjunto de investigadores

dedicados a estudiar, en otros espacios latinoamericanos y europeos, los procesos de la independencia; los márgenes de permeabilidad fueron prácticamente nulos.³⁶

Si en los años sesenta del siglo xx, los propios mecanismos del Estado stronista y la proclamación de la doctrina de la seguridad nacional hicieron escasamente permeable las bases conceptuales de los marxismos en la práctica histórica, la influyente teoría de la dependencia, en boga también en esa época, tuvo otro derrotero con relación a la práctica de la historia en Paraguay. De hecho aquella interpretación sobre la condición de América Latina se convirtió en el principal sustento explicativo de la guerra contra la Triple Alianza llegando hasta el presente, incluso, con la misma fuerza. En todo caso podría afirmarse que los debates sobre el proceso de independencia vinieron de la mano, en esos años, de las nuevas interpretaciones en torno a la guerra pero, en ningún caso, supusieron un replanteo o el rechazo de las ideas rectoras del consenso historiográfico sobre el proceso de la independencia paraguaya.³⁷

En razón de todas las circunstancias expuestas y, probablemente también, del fenómeno de la autocensura como

³⁶ El mayor influjo historiográfico de esta perspectiva se producirá a partir de la mitad de esa centuria a través de las obras del influyente historiador paraguayo CARDOZO: *Paraguay independiente, El sentido de nuestra historia, El Paraguay colonial* y por los de su misma generación intelectual, SÁNCHEZ QUELL, *Estructura y función del Paraguay colonial*, CHÁVES, *El aislacionismo en el alma paraguaya* y RAMOS, *La independencia del Paraguay y el Imperio del Brasil*.

³⁷ Me refiero, entre otros, a los trabajos del escritor paraguayo LAÍNO, *Paraguay: de la independencia a la dependencia*, y a los de los argentinos GARCÍA MELLID, *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*, POMER, *La guerra del Paraguay ¡Gran Negocio!*; ORTEGA PEÑA, y DUHALDE, *Felipe Varela y el Imperio británico*.

un lastre del stronato, no se produjo el postergado debate entre nacionalismo e historia, lo que condiciona la persistencia de esa historia patriótica, reacia a la recepción de los avances empíricos que puedan suponer una revisión. La historia siguió siendo en Paraguay, hasta fechas recientes, más que una actividad universitaria, un acto político, en el sentido del ciudadano que defiende su polis. Las consecuencias de una situación, en el plano del estudio del proceso de la independencia es que el enfoque continuó siendo aquel según el cual la identidad, la existencia de la “nación paraguaya” fue la causa de la emancipación. No obstante esta continuidad, hay que reconocer que a partir de la última década del siglo xx ha principiado, en el país, una época de recatada expansión de la investigación de las ciencias humanas y particularmente de la historia, muy ligada a los procesos de redemocratización y de integración regional, motivaciones suficientes para impulsar una nueva tendencia historiográfica: la necesidad de divulgar materiales que contribuyan a ampliar el conocimiento, a desarticular un repertorio de imágenes con las que la literatura histórica había caracterizado monolíticamente a la realidad política y socio cultural paraguaya y a ofrecer elementos que sustenten procesos teóricos y recursos metodológicos.³⁸ La constatación de estos avances, de un clima de paulatina superación de la autocensura y de márgenes mayores de debate fomentados por la cercanía del Bicentenario, aunque graduales, resultan alentadores para comenzar a tener algunas ideas claras de

³⁸ Me permito mencionar dos trabajos recientes: CAMPOS CABALLERO, *De moneda a mercancía del Rey* y LÓPEZ MOREIRA, *Ocaso del colonialismo español*.

lo que fue el proceso de la independencia en el Paraguay y, en términos historiográficos más amplios, avanzar en una reconstrucción más razonada del pasado, que no sea la simple epopeya de los héroes patrios y los avatares del progreso.

REFERENCIAS

- ANNINO, Antonio, Luis CASTRO LEIVA y François-Xavier GUERRA
Iberoamérica. De los imperios a las naciones, Zaragoza, Iber Caja, 1994.
- BREZZO, Liliana
Aislamiento, nación e historia en el Río de la Plata. Argentina y Paraguay, siglos XVIII-XX, Rosario, Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, 2005.
Polémica sobre la historia de Paraguay, estudio crítico de..., compilación de Ricardo y Sebastián Scavone Yegros, Asunción, Tiempo de Historia, 2008.
 “Imagen histórica versus cooperación: la Argentina y el Paraguay a comienzos del siglo xx”, en *Revista Paraguaya de Sociología*, 95 (1996).
- BURUCÚA, José Emilio y Fabián Alejandro CAMPAGNE
 “Los países del Cono Sur”, en ANNINO, CASTRO LEIVA y GUERRA, 1994.
- CAMPOS CABALLERO, Herib
De moneda a mercancía del Rey. Efectos y funcionamiento de la Real Renta de Tabaco y Naipes en la Provincia del Paraguay (1779-1811), Asunción, Arandura, 2006.
- CARDOZO, Efraím
Historiografía Paraguaya, México, IPGH, 1959.
Paraguay independiente, Asunción, 1949.

El sentido de nuestra historia, Asunción, 1953.

El Paraguay colonial. Las raíces de la nacionalidad, prólogo de Justo Pastor Benítez, Asunción, Nizza, 1956.

CAPDEVILA, Luc, Capucine BOIDIN y Nicolas RICHARD (comps.)

Les guerres du Paraguay aux XIX et XX siècles, París, CoLibris, 2007.

CREYDT, Óscar

Formación histórica de la nación paraguaya, Asunción, 1963.

CHÁVES, Julio César

El aislacionismo en el alma paraguaya, Buenos Aires, 1948.

CHUST CALERO, Manuel y José Antonio SERRANO

Debates sobre las independencias iberoamericanas, Madrid y Frankfurt am Main, Alemania, Iberoamericana Vervuert, 2007, «Estudios AHILA de Historia Latinoamericana, 3».

DOMÍNGUEZ, Manuel

El milagro de lo eterno y otros ensayos, Buenos Aires, Emeché, 1948.

DORATIOTO, Francisco F.

Maldita guerra. Nova historia da Guerra do Paraguai, Sao Pablo, Companhia das Letras, 2002.

FALCÓN, José

Escritos históricos, edición y estudios preliminares de Thomas L. Whigham y Ricardo Scavone Yegros, Asunción, Servilibro, 2006.

GARAY, Blas

La revolución de la independencia del Paraguay, Madrid, 1897.

Breve resumen de la historia del Paraguay, Madrid, Est. Tip. De la viuda é hijos de Tello, 1897.

Compendio elemental de la historia del Paraguay, Madrid, 1897.

GARCÍA MELLID, Atilio

Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay, Buenos Aires, Teoría, 1963.

LAÍNO, Domingo

Paraguay: de la independencia a la dependencia. Historia del saqueo inglés en el Paraguay de la posguerra, Asunción, Intercontinental, 1989.

LÓPEZ DECOUD, Arsenio

Álbum gráfico de la República del Paraguay. 100 años de vida independiente 1811-1911, Buenos Aires, Compañía argentina de fósforos, 1912.

LÓPEZ MOREIRA, Mary Monte

Ocaso del colonialismo español. El gobierno de Bernardo de Velasco y Huidobro, su influencia en la formación del Estado paraguayo (1803-1811), Asunción, FONDEC, 2006.

MÉNDEZ-FAITH, Teresa

Novela y exilio en www.cervantesvirtual.com [en línea], 20 de agosto de 2009.

MONTE DOMEQ, Ramón

La República del Paraguay en su primer Centenario 1811-1911, Buenos Aires, 1911.

MORA MÉRIDA, José Luis

Historia social del Paraguay, 1600-1650, Sevilla, Consejo Superior de Investigación Científica, 1973.

MORENO, Fulgencio

Estudio sobre la independencia del Paraguay, Asunción, 1911.

ORTEGA PEÑA, R. y E. L. DUHALDE

Felipe Varela y el Imperio británico, Buenos Aires, Teoría, 1967.

POMER, León

La guerra del Paraguay ¡Gran Negocio!, Buenos Aires, Cالدén, 1968.

RAMOS, R. Antonio

La independencia del Paraguay y el Imperio del Brasil, Asunción, 1966.

SÁNCHEZ QUELL, Hipólito

Estructura y Función del Paraguay Colonial, Asunción, 1944.

WHIGHAM, Thomas

The Paraguayan War. Causes and Early Conduct, Nebraska, 2002.

“José Falcón y la construcción del estado nacional paraguayo”, en FALCÓN, 2006, pp. 9-33.